

# 1

Ése era el día en el que una mezcla de cloruro de sodio y nitrato de magnesio, inyectado con infinita paciencia en cada globo ocular, cambiaría para siempre el curso de la ciencia. Las esterilizaciones masivas, las vivisecciones, los intentos frustrados por alterar el color de la piel con inyecciones subcutáneas y hasta la noche en que creyó haber enlazado por fin las venas de unos hermanos gemelos para crear siameses, horas antes de encontrarlos boqueando como pescados... todos sus fracasos serían olvidados si lograba cambiar el color de ojos de ese chico. Mil veces había imaginado que sostenía al único gemelo rumano al que la tinta le había teñido el iris izquierdo (después de que una dosis excesiva le quemara el derecho), de pie en la tarima de cada congreso médico de Higiene Racial en los que había participado en la última década, con los nervios ópticos paralizados por el exceso de químicos, en brazos de quien lo había pinchado una y mil veces hasta arrancarlo de la mediocridad. Lo había soñado con la cabeza afeitada para que la pelusa negra de sus orígenes fuera eclipsada por un futuro ario. Pero antes de entender que no era más que un sueño, las imágenes de esa primera vida en la que todo era posible quedaron ensombreci-

das por la certeza de que su victoria era la punta del iceberg de todas las transformaciones que vendrían (hasta modelar genéticamente a los ciudadanos de una nación entera), aunque hasta ahora no hubiera más que pieles laceradas, gangrenas y amputaciones. No en vano habían invertido millones en él. Por la pureza de la sangre y de los genes. Porque ésa era la verdadera guerra: pureza o mezcla.

Se sentó en la cama con la excitación de un niño que se prepara para otro día en un parque de diversiones. Recién ahí el contorno de los pocos adornos de la habitación lo devolvieron a su raquítrico presente. Su piel cada vez más flácida y el derrumbe de la tonicidad de sus músculos eran los de un hombre viejo. Su existencia entera se había teñido de gris, días y noches de una rutina idéntica que repetía hasta la náusea, con la secreta esperanza de que algo pasara. Alguien iba a comunicarle que por fin habían desistido de encontrarlo. Le había dedicado la vida a liberar el mundo de las ratas y ahora –huidizo y cobarde, desterrado a los márgenes– empezaba a transformarse en una.

«La vida no puede reducirse a esto», pensó.

Cuando recibió la alerta de que estaban tras sus huellas no lo dudó: congeló las muestras de bacteriología en organismos terminales sobre las que había trabajado durante los últimos meses, salió del laboratorio, pasó por un banco para vaciar su cuenta y manejó hasta salir de la ciudad. Dinero no iba a faltarle nunca: a la inagotable fortuna familiar se le sumaban los aportes de su eterno mentor, el profesor Von Verschuer, director del Instituto de Antropología en Berlín. Siempre se había encargado de conseguir las subvenciones necesarias para su trabajo, a cambio de ser el primero en

recibir los resultados de sus experimentos. No era el único que aportaba de manera anónima a su bienestar. Había muchos que seguían creyendo en él: lo apoyaban a la distancia, le escribían cartas en las que lo trataban como a un mesías.

En una estación de servicio compró provisiones y un mapa de la Argentina antes de llamar a su mujer. No le dijo hacia dónde iba. Le explicó que estaría lejos un tiempo, le pidió que se quedara en casa de un matrimonio amigo un par de semanas y cortó sin darle tiempo a resistirse. Manejó diez horas antes de detenerse en un motel de ruta en las afueras de Chacharramendi. En realidad no había afuera ni adentro en ese pueblo: terminaba en la misma cuadra en que empezaba. Se quedó en el cuarto hasta que oscureció. Aunque su español era fluido, sacó el diccionario y el cuaderno en el que hacía diariamente su clase por correspondencia. Como todo sobreviviente, sabía que tenía que borrar ciertas huellas cuanto antes. Su mente, antes que la de un científico, era la de un soldado: había sido su primer entrenamiento, la formación que lo moldeó a los golpes con disciplina militar. No dejaba pasar un día sin hacer los ejercicios escritos y orales.

–Soy farmacéutico –repitió tres veces esforzándose por mejorar la pronunciación–. Mi actividad favorita es... es... cuchar ópera con mi hijo.

Mentía, acostumbrado a cuidarse hasta cuando estaba solo. Ni siquiera recordaba los rasgos de su primogénito. En la única foto que conservaba su hijo apenas balbuceaba unas pocas palabras, y no tenía noción sobre la carnicería a la que su padre le había dedicado la existencia.

El grito de una nena lo sobresaltó a punto de responder en voz alta la siguiente pregunta. Corrió una cortina amari-

lenta y vio a un grupito de niñas que jugaban en la playa de estacionamiento. Dos de ellas hacían girar en círculos una soga, cada vez más rápido, mientras cantaban a toda velocidad algo que parecía un mantra, por la devoción hipnótica con la que repetían un estribillo monocorde. Eran morenas, hijas del mestizaje, todas menos una... Hubiera sido un espécimen perfecto (rubia, blanca y de ojos claros) de no ser por su altura. Visiblemente pequeña en tamaño para su edad, pero con miembros de medidas normales para ser llamada una enana y demasiado grande para ser incluida en los parámetros liliputienses, la niña que daba saltos cada vez más veloces frente a sus ojos era un ejemplo que desafiaba uno de sus campos de investigación predilectos: el enanismo, entendido como expresión ejemplar de lo anormal. Había logrado absorber algunos genes arios, pero no lo suficiente para perder sus rasgos animales. Eran las ratas de laboratorio que más lo fascinaban: perfecta, de no ser por un defecto imposible de tolerar.

Cuando su contrincante se dio por vencida, ella pidió más a los gritos. Para su sorpresa, la voz no se correspondía con su deformidad: era una octava más grave de lo que hubiera esperado. No parecía tenerle miedo a que la cuerda le golpeará la cabeza o los talones.

No parecía tenerle miedo a nada.

Esa noche la vio sentada en la vereda con tres de las morenas, jugando a las payanas. En realidad era ella la que hacía volar las diminutas bolsitas de tela rellenas de granos de arroz por el aire, para atraparlas con la misma mano en la que siempre tenía una payana más. Silbando la última aria de «Adiós a la vida», de *Tosca*, se detuvo a observarla: su mo-

tricidad y sus reflejos eran excelentes, más elevados que el promedio. Cada uno de sus movimientos era la cima de la vitalidad. Todo era evidente: que las morenas eran locales y la rubia forastera, un muñeco de circo profesional que las tenía cautivadas con algún juego desconocido.

–¡A cenar, Lilith!

–¡No tengo hambre!

–¡No te pregunté si tenés hambre! ¡Te dije que vengas a cenar!

El que gritaba, parado en la puerta del motel, era un adolescente de unos trece años igual de rubio, tónico y encantadoramente arrogante. No había dudas de que eran hermanos, aunque las medidas del pequeño Adonis sudamericano eran perfectas. En ese momento hubiera dado todo por conocer a los padres y abuelos para escarbar en el árbol genealógico hasta entender en qué curva del camino estaba el culpable de la degradación de la raza.

–¿Todo en orden, señor?

Giró y vio que el dueño del motel lo observaba mientras fumaba un cigarro en la galería. Exceptuando a los rubios, el resto del pueblo parecía moverse en cámara lenta, aletargados por la chatura del desierto. Esa tarde había contado con los dedos de una mano los habitantes que sacaron sus sillas a la vereda para tomar un par de mates antes de que la oscuridad los hiciera guardarse en sus cuevas.

–Si quiere cenar hay una fonda acá cerca.

–¿Adónde?

–Derecho, dos cuadras... No hay forma de que no la vea.

–¿Estará abierta?

–Siempre.

Por el rabillo del ojo vio que la nena avanzaba hacia él bamboleando las caderas mientras hacía volar una bolsita de arroz por el aire para atraparla de un manotazo. Se movía con la gracia de una bailarina, inconsciente de sus limitaciones. Y algún encantamiento producía su desfachatez: nunca le había resultado tan irresistible un cuerpo imperfecto. Le pasó a menos de un metro de distancia sin detenerse, pero en el punto más próximo giró la cabeza de pronto, lo miró a los ojos y le sacó la lengua.

«Esa boca», pensó.

Era el rasgo más desproporcionado de todos: labios que pertenecían a alguien del doble de tamaño, dientes de conejo, todo húmedo y tibio. Era la primera vez en años que algo tan lejano al ascetismo lo excitaba. El vuelo de una payana atravesó la línea de sus miradas, separándolos. Se dispuso a seguirlos, cuando una nueva pregunta lo obligó a detenerse.

–¿Sigue viaje mañana?

Asintió, sin quitarle la vista a los dos cuerpos rubios que ya doblaban al final de una cuadra mal iluminada, como espejos grotescos de los posibles resultados de un mismo vientre.

–Espere un día. Hágame caso. Se viene el agua.

–¿Agua... acá?

– Pregunte en el pueblo si no me cree.

No lo hizo, no habló con nadie esa noche.

Quince minutos después se alimentaba sin levantar los ojos de un plato de lentejas desabrido en una mesa arrinconada de la pulpería. Para su desilusión, los rubios no estaban a la vista. Los especímenes que cacareaban a su alrededor eran lo más lejano a su raza que había visto en meses, y eso que el mestizaje en la capital porteña empezaba a alcan-

zar índices de los que no iba a ser fácil volver. No importaba cuánta limpieza genética hicieran. Él mismo se lo dijo al General en una de las tantas fiestas a las que lo habían invitado:

—¿Quiere hacer algo por su país? Prohíba la mezcla.

Se rieron todos, muchas veces tomaban sus propuestas como bromas. Pero nada lo desanimaba, hacía un esfuerzo por comprender que eran pocos los que tenían el coraje necesario. «Bendita sea la fe de los hombres que se atreven a renovar la faz del mundo siguiendo el ideal que persiguen», pensó, pero no se atrevió a citar a Drieu la Rochelle en presencia del General, que ya levantaba su copa para darle la bienvenida a los nuevos mientras él murmuraba, con sus dientes ahogados en champagne: «Con el orgullo de las razas maduras, nuestra poderosa obediencia aceptó el dolor de portar en nuestra sangre esta invasión de la grandeza del mundo». Hacía años que garabateaba sus citas favoritas en los márgenes de sus cuadernos. Esa noche las caras que lo rodeaban le confirmaron que eran muchas las regiones del mundo en las que estaban perdiendo la batalla. No veían el daño que le hacía a su continente el mestizaje. Que a veces es demasiado tarde para evitar los daños en la herencia, en los genes, en la genealogía. Que en las escuelas se habla de clase, nunca de raza... y que son cosas distintas.

Antes de las ocho estaba metido en la cama.

La posibilidad de no volver a ver a los rubios lo mantuvo despierto hasta que manoteó uno de sus cuadernos para dibujar las medidas de sus cuerpos. Los recordaba de memoria, sin el menor atisbo de duda. Podía imaginar sus estructuras óseas, el volumen de sus órganos, sus maxilares y la composición de su flujo sanguíneo. Pero nunca iba a poder acos-

tarlos en camillas metálicas para compararlos. Para un hombre acostumbrado a tener lo que quería, la posibilidad de no volver a verlos le resultó intolerable. Hacía casi una década que vivía en este lejano rincón del mundo, a veces hasta se sorprendía pensando en español. Llegó desde Génova con lo puesto, y un maletín en el que llevaba su tesoro más preciado: tres cuadernos abarrotados de notas sobre sus últimos años de estudio con experimentos humanos y algunos portaobjetos de cristal con muestras de sangre. Un funcionario aduanero le preguntó qué eran.

–Anotaciones biológicas –respondió, en alemán.

–¿De qué?

–Experimentos con animales.

Lo detuvieron mientras esperaban al médico veterinario del puerto, a quien le contó con lujo de detalles sus experimentos con vacas a las que hacía parir, a voluntad, terneros gemelos. Evitó decir que en el Instituto de Investigaciones Dahlem querían que las mujeres dieran a luz gemelos de manera sistemática, para que la expansión de la raza fuera el doble de rápido. Ni que en un pico de optimismo llegó a jurar que los embarazos quedarían reducidos a ciento treinta y cinco días. Su vehemencia convenció al veterinario sobre las ventajas que ofrecían dos animales idénticos como campo de observación privilegiado para reproducir determinadas cualidades o defectos corporales. Después de años de estudiar comparativamente los terneros gemelos, usando uno de ellos de control, había descubierto qué atributos y debilidades se heredan genéticamente y cuáles eran propiciados por el entorno. La Argentina era el país ideal para profundizar sus estudios, y tal vez llegaría a encontrar la clave para que



los embarazos fueran múltiples, acelerando la proliferación de la raza vacuna. Abrumado por la sobreabundancia de información, el veterinario, que hablaba a duras penas el alemán, lo autorizó a pasar sin quitarle las muestras. El caos del puerto era demasiado grande para preocuparse por un médico que entraba al país con un pasaporte de la Cruz Roja.

–Acá se va a divertir, entonces –dijo antes de sellarle el documento un aduanero de familia alemana que había escuchado todo–. Digo, por las vacas.

–¿Hay muchas?

–Millones.

–¿Tantas?

–¿Es verdad que puede hacer que nazcan de a dos?

–Todo es posible.

–Entonces podríamos alimentar al mundo entero.

Sonrió y siguió de largo abriéndose camino entre una multitud de recién llegados. Instalado en un hotel de Palermo dejó de hablar de su vida con la misma discreta elegancia que usaron tantos colegas al olvidar mencionarlo durante los juicios... ¿Para qué nombrarlo, después de todo, si lo creían muerto? Él se había ocupado de evaporarse de manera implacable, no había cedido jamás a la tentación de bajar la guardia, al punto de resignar durante más de una década cualquier contacto con su hijo. La única vez que lo vio antes de exiliarse al otro lado del océano, le ordenó al íntimo entorno que organizó la visita decirle al niño que era el tío Fritz y no su padre el que iba a caminar con él desde la escuela. Ya en la Argentina, no volvió a escribirle ni a mandarle un telegrama. Sabía que la supervivencia dependía de su disciplina. En pocos meses estaba instalado en el cuarto alquilado de una casa de Olivos,

divorciándose por correspondencia de la madre de su hijo, que se había negado a seguirlo. Ella fue una de las tantas personas de su entorno íntimo que, al enterarse de sus logros, los llamó atrocidades.

Libre de lastre, decidió que ya no había motivos para volver.

No iba a encontrar un país que recibiera con los brazos más abiertos a un hombre como él. En apenas dos años se había asociado con una empresa farmacéutica, compró una casa de dos pisos en Vicente López, se casó con la viuda de su hermano (para duplicar, con la unión, una herencia millonaria) y hasta se dio el gusto de anotar su nombre verdadero en el listado telefónico. No hizo falta que le entregara su cara al bisturí de ningún cirujano ni que cambiara su nombre como tantos otros.

Pero la ilusión de una vida nueva duró poco: en cada reunión se encargaban de recordarle que los sabuesos estaban cada vez más cerca. Cientos de veces se había preguntado cómo seguir después de la derrota. Los sobrevivientes se escondían en todos los rincones del mundo, perseguidos como criminales. Sentía en el cuello la soga con la que ya habían ahorcado a tantos otros, cazados como animales salvajes, secuestrados en medio de la noche, juzgados y condenados del otro lado del océano antes de masacrarlos. Y lo peor es que nadie levantaba la voz para defenderlos... Estaban solos.

Se juró que él no iba a terminar así.